

REPORTAJES

EL MUSEO DEL ROMANTICISMO

LOS MUEBLES DEL CUARTO DE LARRA Y LOS OBJETOS DEL SIGLO XIX

LAS corrientes románticas, extendidas por toda Europa con gran difusión durante el pasado siglo XIX, como revolución artística, producto de un cambio de la sensibilidad que representa el máximo individualismo y el retorno a la Naturaleza. Un crítico, refiriéndose a esta época, dice que, «como toda reacción, la romántica fué, sin duda, extremada; no hay que olvidar que el arte romántico fué esencialmente impetuoso, juvenil. Arte que rompe todos los frenos, o sea desenfrenado». Y, para recoger las diversas facetas del gran movimiento pictórico y otros aspectos importantes de la época, se creó el Museo Romántico.

HISTORIA FUNDACIONAL DEL MUSEO

El Marqués de la Vega Inelán ideó la constitución de un Museo, donde figuraran pinturas, muebles, libros y papeles evocadores de la vida española en los turbulentos y emocionantes años que van desde la francesada (1808), donde el genio heroico del pueblo hispano, en lucha por su independencia, marca el jalón iniciador del romanticismo en España, hasta la guerra de Africa (1860), pasando por la primera guerra civil.

En sucesivas donaciones, el fundador fué aumentando el caudal artístico que cediera en su primera entrega al Estado español, para las primicias de una Exposición, realizada a manera de boceto, reducida imagen, factible de ampliación con la constancia y el continuo

batallar por enseñar tan interesante como ignorado período de nuestra Historia, en que Madrid fué todavía algo más que la capital de España: fué su corazón.

La necesidad del Museo Romántico era notoria, de años atrás, para los espíritus cultivados, que carecían de un ambiente recogido donde evocar aquellos tiempos, llenos de sugerencias y de enseñanzas. Solamente algunos restos desperdigados, como ciertas pinturas del Arte Moderno, muchos recuerdos históricos del de Artillería, tan bien dispuesto, varios rincones del viejo Madrid, que día a día la piqueta demoledora sepulta, para olvido de sus recuerdos, traen a nuestra imaginación hechos famosos, que se borran con presteza. De tiempo en tiempo, la conmemoración rutinaria de tal o cual aniversario o la periodística rememoración de algún suceso, logran despertar una intrínseca curiosidad sobre los dos primeros tercios del siglo XIX, tiempos sobre los que pesan estigmas de esterilidad, sangre y retórica.

Se ha abusado del tópico de los pronunciamientos y de las guerras civiles, y no se ha sabido ver que en los tiempos románticos nacieron grandes ideas y se propagaron muchas útiles, se derrochó valor y generosidad y se fué forjando entonces el concepto actual de nuestra misión en el Mundo, con el sentido romántico de la época.

No se han deslindado los tercios del siglo XIX, y se han cargado en la cuenta de los dos primeros muchas de las ineptias, incomprendiones, decadencias y vulgarismos del tercero; verdadero período de liquidación nacional.

Pero, volviendo a los orígenes del Museo Romántico, diremos que en abril de 1920, fecha inicial en que se marca el comienzo de su vida, fué aceptada, por el entonces Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en una laudatoria Real Orden, la donación ofrecida al Estado por el Marqués de la Vega Inclán, así como su proyecto de abrir las puertas de este Museo, que es romántico fundamentalmente, por la tendencia emotiva que representa este nombre.

Después de poco más de un año, el fundador amplió el acervo pictórico con nueva entrega de objetos, después de una Exposición

realizada en los salones del Palacio de Bibliotecas y Museos, que mereció nueva Real Orden de aceptación en noviembre de 1921.

Decía el Marqués de la Vega Inclán en su instancia de donación: «No pudiendo, desgraciadamente, dedicarse los cuadros al objeto a que se destinaban y aumentada en mucho la colección, con obras, en su mayoría, de relevante mérito, y todas de interés para el estudio de una época, que apenas empieza a conocerse, el que suscribe entiende que ésta es, o puede ser, base y punto de partida para la creación de un Museo popular, precisamente en Madrid, donde se conozcan, estudien y admiren artistas, quizá la mayoría olvidados, representantes de la buena tradición de la pintura española. Sus obras, de gran sinceridad, fórmula suprema de Arte, y característica y norma primordial de nuestros grandes maestros, muestran en el retrato y en el costumbrismo regional, cualidades que después dejaron de practicar, al dedicarse a la *máquina* falsa y amanerada de la pintura de historia, con excepción de algún cuadro conmemorativo, inspirado en elevados sentimientos, de plausible exaltación patriótica o de alegorías expresivas de altos ideales o nobles tendencias».

Desde entonces, hasta 1924, se buscó local para instalar definitivamente el Museo, ampliándolo con una Biblioteca y un Archivo Militar, notablemente enriquecido con importantes colecciones, depositadas por el Ministerio de la Guerra. Actualmente expone el conjunto de sus obras representativas de la época en un señorial palacio de la calle de San Mateo.

LA BIBLIOTECA DEL MUSEO

Desde su creación, fué ardua y paciente la labor de reconquistar, entre puestos callejeros, bibliotecas de libros antiguos y ferias, todas las obras que por asuntos, autores o siquiera por la encuadernación o el estilo de las ilustraciones, dan idea de aquella nueva manera de sentir que llena los tiempos del romanticismo.

En sus comienzos, la Biblioteca estaba formada por viejas ediciones de los libros de Rivas, Larra, Espronceda, Alcalá Galiano, Zorrilla, García Gutiérrez, Harzenbusch y sus principales precur-

sores, contemporáneos y discípulos, juntamente con viajes por nuestra Península durante los dos primeros tercios del siglo XIX, guías de las artísticas ciudades españolas, periódicos y revistas del reinado de Isabel II, folletos de polémica de las ideas que, en la política y ciencia, más preocuparon a nuestros mayores, reuniéndose multitud de volúmenes que se refieren a nuestras luchas civiles, cuya exaltación romántica han notado, más que los nacionales, algunos literatos extranjeros, como Pierre Benoit, en su novela «Pour Don Carlos».

EL ARCHIVO MILITAR

El Archivo Militar del Museo se componía, en el año 1924, de unos mil doscientos volúmenes, de los cuales cerca de doscientos eran procedentes de compras y donaciones. El fondo principal lo constituían los mil ocho tomos de la colección «España Triunfante», abundantísima cantera de materiales para la Historia de nuestra Guerra de la Independencia.

A ello hay que añadir seis voluminosos tomos, en folio, resto también de otra colección, y que contienen la correspondencia autógrafa de varios generales franceses, durante el último período de la sangrienta lucha.

Ciento cincuenta y nueve volúmenes, de diversas materias, estilos y tamaños, relacionados, en su mayor parte, con cuestiones militares y sucesos de nuestra Historia durante la primera mitad del siglo XIX, y hasta doce volúmenes más de plausibles donaciones.

EJEMPLARES DE CERAMICA

En la sala que representa un comedor de la época figuran diez y seis litografías de Madrid y de los Sitios Reales y, sobre tres magníficos estantes, se exhiben objetos hechos con loza de Alcora, Sargadelos, de sus diferentes tiempos, y, en aparadores y mesas, ejemplares de Triana, Talavera, y Puente del Arzobispo. En el cuarto contiguo se muestran instalaciones de cerámica popular de todas las regiones de España.

EXPOSICION PICTORICA

Hemos dejado para lo último pergeñar las notas correspondientes a la parte más numerosa y rica del Museo: la pictórica.

Una minoría de las pinturas exhibidas figuran solamente a título de documentos, y fuera necesidad juzgarlas con criterios técnicos o estéticos; han de tomarse como son: recuerdos iconográficos, ejemplos de modas, memorias de episodios e informaciones de la vida popular.

Pero, además, y por encima de éstos, hay otros cuadros que muestran el estado de la pintura española posterior a Goya; pudiendo citarse, por vía de ejemplo: el cuadro histórico de «El Panadero», el admirable autorretrato de Fernández Cruzado, el «Literato romántico», de Vicente López; el retrato y dos escenas de Lucas...

Se ha considerado a Goya un independiente precursor del moderno arte mundial y un gran innovador que, rompiendo reglas y preceptos de los clásicos, anárquicamente triunfó, y es el romántico quizá más glorioso y original, que se enseñoorea sobre todos, y que desde esta tierra española ha llevado su influjo por todos los ámbitos del mundo.

Y para terminar sobre el manantial del romanticismo pictórico, que da vida al Museo, reproducimos la carta que escribió al Marqués de la Vega Inclán, en mayo de 1924, D. M. B. Cossío:

«Le agradezco mucho el envío de su expresiva nota definiendo lo que ha de ser, por ahora, el «Museo Romántico», porque en ella ya responde usted mismo, y muy vivamente, a la pregunta con que, en su carta anterior, y no sin cierta bondadosa insidia, venía usted a inquietarme.

¿Qué más puede hacer falta, después de lo que usted con tal fervor proclama, sobre el romanticismo de Goya, para justificar la presencia de este excelso pintor en el nuevo Museo?

Cierto que Goya es inclasificable históricamente en la estricta escuela romántica. Más cierto aún que todo su arte repugna el medievalismo; y sería infecundo para engendrar, lo mismo a Overveck y Ary Scheffer, a Cornelius y P. Delaroche, que a Böcklin y Dante

Rosseti. Evidentísimo que ni su genio artístico ni su vena pictórica se amoldan por entero a la fase espiritual romántica, según la estética hegeliana, definidora del concepto.

Pero si, en términos accesibles a todo el mundo, el romanticismo aparece como rebelión y protesta contra el gusto neoclásico y representa, en el fondo, una afirmación del sentir y del impulso frente al intelecto; de la inquietud, frente a la sensatez; de la libertad, frente a las reglas; del calor, en suma, que funde y penetra las vidas, frente a la luz que inhibe, distingue y separa, sería difícil no reconocer en Goya los caracteres de este romanticismo.

¿Habría que recordar que las «Majas», los «Fusilamientos», las «Casas de locos», los «Carnavales» grotescos, las «Brujas»... se pintaron en plena hegemonía neoclásica; que discípulos y secuaces de David fueron en España los contemporáneos de Goya; y que con éste se enlaza hoy, mejor que con nadie, en sus intrínsecas virtudes, Delacroix, la más certera y penetrante flecha del romanticismo francés en pintura?

Si ese nuevo Museo ha de evocar espiritualmente la Guerra de la Independencia, ¿cabe pensar que haya en él nada más indispensable que Goya? ¿Y cómo no habría de presidir éste un Museo español, que comienza con el siglo XIX, cuando Goya, densa y recia aportación española al arte universal, es, tal vez, el valor más sustantivo y permanente en la moderna historia de la pintura de Occidente?

Romántico o no, si sus cuadros no abrieran las puertas de este Museo, por él vagarían a todas horas y eternamente los «fantasmas» de Goya.»